ACTUALIDAD DE LOS CONCILIOS

Burgos y el Concilio -V- de Letrán

El rey Fernando el Católico, estando en nuestra ciudad (2.ª regencia) ordenó leer solemnemente la bula de convocatoria del Papa Julio II para el Concilio Ecuménico de Letrán. Esta efemérides tuvo lugar el día 16 de noviembre del año 1511. Se ordenaba a los obispos se reuniesen para deliberar. La sesión preparatoria tuvo lugar en Burgos el 17 del mes siguiente.

Desde su regreso de Nápoles, el Rey Católico residía frecuentemente en Burgos. Conocida de la Historia es la entrevista con su hija Juana en Tórtoles de Esgueva, viuda ésta y ya perdida la razón. No menos interesante y dramática es también la visita de Germana, en el pueblecito llamado de Los Arcos (Arcos de la Llana). Esta joven mujer, segunda esposa del Rey Católico no debía tener entonces más de 18 a 20 años. La entrevista con su hijastra Juana, mayor que ella, prematuramente ajada, desgreñada y loca, junto al túmulo del esposo largo tiempo imsepulto, debió de producir una penosísima impresión en Germana, y no digamos nada de lo escandalizada que quedó Juana respecto a su padre, hombre en casi 40 años más viejo que su esposa. La reina loca, en su complejo de una fidelidad de celos morbosos, que los extendió más allá de la tumba, contempló a su madrastra en silencio y debió limitarse a mirarla con hondo desprecio. La viuda del rey Felipe el Hermoso, no osaba entrar en Burgos por ahorrarse malos recuerdos. Vivió un tiempo retirada en Arcos de la Llana, después de su largo peregrinar por campos del Esgueva y del Arlanza, cuando ya los funerales del primer aniversario de su esposo se hubieron celebrado en Santa María del Campo.

Germana llegaría a Arcos montada a la grupa del caballo de algún palaciego o del propio de su viejo esposo. Los historiadores franceses dicen que Germana de Foix era esbelta y atractiva. Cuentan también que

en la entrevista que tuvo en Francia con su tío Luis XII, este monarca galantemente la paseó también a la grupa de su caballo. Tenía estirpe por parte de su madre, hermana del rey Luis, de los Orleans, cuyas princesas en tres ocasiones, en el correr de los siglos, han vivido episodios novelescos en estas tierras burgalesas. Pero Germana no fue popular en Castilla. Era, apesar de su gentileza y de su inocencia, como una especie de mancha en el recuerdo de la gran reina Isabel. Sin embargo, estas segundas nupcias de Fernando el Católico significaban, de momento, razones de Estado y alianza con Francia.

Ese era el ambiente de Burgos en los años inmediatos a la celebración del Concilio de Letrán en Roma. Realizada la unidad de España, la muerte de Isabel y la sucesión de su reina loca ponía otra vez en peligro el desmembramiento de Aragón y Castilla. Julio II, Papa renacentista, apasionado y de gran espíritu bélico, regía la Iglesia. Los Estados Pontificios, como poder temporal que en efecto también eran, incitaban en constante tentación a los sucesores de Pedro. El Pontífice se mantenía receloso de sus vecinos. Fernando el Católico dominaba Sicilia y Nápoles. Su tío Luis XII, de Francia, extendía sus dominios por el Norte de Italia. Este último rey y el Estado de Venecia eran en esos momentos particularmente hostiles al dominio del Pontífice Julio.

Como prolegómenos al Concilio de Letrán, hubo forcejeos y reacciones contradictorias en la Santa Sede, muy enrevesadas y difíciles. Primero, la liga de Cambray para mantener la paz con Francia; luego, la Santa Liga contra Francia. ¡Qué difícil resultaba para un Pontífice sucesor del Pescador, ser la primera figura política de un Estado temporal y a la vez el Vicario de Cristo en la Tierra! San Crisóstomo había dicho: «Imposible me parece que ninguno de los que gobiernan se salven». Julio se declaró enemigo irreconciliable de Luis XII; así se lo hizo saber claramente al propio embajador de Francia, por lo que aquel monarca intentó por su cuenta provocar un cisma. Aparte estas razones, escandalizaba en verdad al espíritu cristiano la actitud de esos Papas del Renacimiento, especialmente la del antecesor Alejandro VI. En el París de aquel entonces, escritores satíricos y humoristas como Gringoire y Lemaire, en cierto modo parecidos a los actuales del «Canard Enchainé», ridiculizaban la corte papal por medio de farsas y representaciones con diálogos satíricos entre personificaciones de intención hiriente, tales como doña Simonia y doña Herejía o doña Confianza y doña Ocasión, o el monólogo del «Homme obstiné», en el que hablaba el mismo Pontífice.

Un Concilio —ese llamémosle parlamentar democrático entre obispos— se consideró siempre como verdadera inspiración del Espíritu Santo, y en cierto modo superior a la autoridad del propio Papa, cuya infabilidad ab-

soluta entonces no estaba todavía claramente reconocida. Luis XII quiso convocar el Concilio bajo su responsabilidad. Era difícil para aquel monarca cristiano reconocer superioridad espiritual en uno de sus enemigos de Estado, aun cuando fuese al mismo tiempo Papa. Otros veían la necesidad urgente de una reforma de la Iglesia, pero también el propio Pontífice Julio estaba convencido de la urgencia de convocarlo.

En Burgos, en aquellos turbulentos tiempos para la cristiandad, gobernaba por suerte, su diócesis un varón santo, nacido en Ampudia, de la provincia de Palencia, y perteneciente a la orden de los Dominicos. Se llamaba Fray Pascual de Fuensanta.

Unos esquemas salieron de la reunión de obispos celebrada en Burgos. Sobro esta asamblea inmediatamente seguida a la convocatoria que dijimos hizo en nuestra ciudad el Rey Católico, no he encontrado reseña especial (no quiere esto decir que acaso no exista) en ninguna crónica española de historia patria ni diocesana; pero no hace mucho (habiéndome ello inspirado este artículo), tuve ocasión de examinar una recopilación de documentos originales del Concilio V de Letrán, por Carlos Joseph Hefelé, traducidos al francés por el benedictino Dom Leclerc, edición en Paris, 1917. Según Leclerc, monje de la abadía de Farborouch, de aquella reunión de Burgos salieron varios sujetos de materia muy sustancial para llevar al Concilio. Su esquema suponía una reforma muy profunda de la Iglesia, algo así como un retorno a sus propios manantiales. En efecto, en esa reunión se pusieron de manifiesto, y con mucha claridad, no pocos defectos y situaciones escandalosas del clero con relación al Evangelio. Se trató extensamente de la simonía. Se entendía, como todos sabemos, por simonía, la facultad de vender cargos o prebendas eclesiásticas, e incluso comerciar con los Sacramentos y con las indulgencias. No obstante haber sido esto condenado severamente desde los primeros siglos de la Iglesia, se siguió practicando sin freno eficaz. A este respecto, recordemos como en el libro del Buen Amor, del Arcipreste de Hita, bastante anterior a la época a la cual nos estamos refiriendo, entre otras cosas, y en el sabroso canto al dinero, se dice: «*Yo que estuve en Roma do a la santidad—todos al dinero facien omilitat—todos a el se omillan como a la majestat*», o también esta otra «*Los dineros les daban por bien examinados—de los pobres desien que non eran letrados*».

El dinero era, en no poco, hijo del derecho positivo de los hombres, pero el derecho instituído por Jesucristo estaba por encima de leyes, cánones y decretos.

El mal ejemplo de una parte importante del clero—se dijo por esos prelados de la asamblea de Burgos—, se extiende con pernicioso escándalo. Verdaderas abominaciones dentro del estado sacerdotal ya no se tienen

por pecado grave. Había que reformar las costumbres, y había que empezar por la propia casa de Dios. Se denunció el abuso en la percepción de diezmos, y con respecto a Roma, se dijo que se conseguían allí, por dinero, privilegios, indultos de toda clase y dispensas de matrimonio (1).

Declararon que el Concilio debía garantizar una libertad de expresión para que nadie pudiera ir a él con miedo. Ya se esbozó también aquí el asunto del exceso de privilegios en el clero regular, lo que después en el Concilio se llamaría el Mare-Magnum. Por último se trató del tema tan español de la Inmaculada Concepción y los métodos para obtener la paz entre príncipes cristianos, refiriéndose a una verdadera confederación europea.

Al unísono exclamaron aquellos prelados reunidos en Burgos: «¡Elevémonos a un plano superior de miras, a un verdadero juicio de Dios! Para ello empezemos por juzgarnos nosotros mismos». Se pensaría que en esa asamblea—dijo el monje de Farborouch se elevaba al cielo un grito de contricción y de perdón por las debilidades de la Iglesia, principalmente de la Iglesia española, la que vista del exterior — añade Leclerc— parecía sin embargo tan floreciente.

En una noticia biográfica (véase Padre Flórez, «España Sagrada») de aquel obispo de Burgos, Pascual de Fuensanta, se dice que acudió al Concilio de Letrán y murió durante su celebración en Roma. Por su amor a la pobreza y su gran espíritu de caridad no dejó al fallecer dinero alguno. El Papa entonces, él que era tan esclavo de las artes, de la riqueza y del poder, se impresionó hondamente ante aquel virtuoso Fray Pascual y le mandó enterrar solemnemente en el convento de la Minerva en Roma, poniendo sobre su tumba el siguiente epitafio: «A Pascual Español, Obispo de Burgos, de la Orden de Predicadores, elevado por su doctrina y virtudes después de gastar mucho dinero con los pobres durante quince años vividos muy piadosamente fue llamado por el papa Julio II al Concilio lateranense. Allí murió pobre de Cristo entre los pobres y fue enterrado por limosnas el 19 de julio 1512».

Según Flórez, Fuensanta es elegido obispo el 27 de junio de 1496, confirmada su elección por el papa Alejandro VI. Fue devoto peregrino. Emprendió largos viajes a pie con solo un compañero.

No obstante la asistencia al Concilio de este santo obispo español la representación de España no fue muy numerosa. Nos contentamos más bien con enviar algún dinero al papa Julio, probablemente para resarcirle de las muchas empresas guerreras en que lo había malgastado. Es la gue-

(1) Ludovico Pastor.—Véase tomo V de su obra «Historia de los Papas», dice que alguna de estas supuestas bulas eran obra de falsificadores.

fra el punto negro de este Pontífice, por otro lado tan amante y protector de las artes. ¿Se vió en efecto seriamente amenazado? El caso es que fue un hombre apasionado y belicoso (1). Algún historiador dice que le gustaba acudir personalmente a los campos de batalla, incluso en las vanguardias, habiendo hecho una vez promesa de no afeitarse la barba mientras no se consiguiese un asalto.

Durante el Concilio de Letrán el ambiente no era muy propicio. Faltaba ecumenísmo en su mejor sentido evangélico. Se vivía en esos momentos la auténtica politica y filosofía de Maquiavelo (2) con mutaciones de alianzas y guerras (así también actuó Fernando el Católico) al compás de la última conveniencia de Estado.

Por otro lado, unos cardenales rebeldes, apoyados por Francia, trataban de celebrar un conciliábulo, primero en Pisa, después en Milán. La Liga Santa, con su fuerza, unida a la de España; la de Maximiliano, de Alemania, y la de los montañeses suizos, acaudillados por un obispo de Sitten, en el corazón de los Alpes, lograron sostener la hegemonía de Roma, venciendo en definitiva aquel cisma inspirado por Luis XII. Sin embargo para el Papa Julio II, encastillado en su nacionalismo romano, en muchos aspectos tan pagano como el del tiempo de los Césares, los españoles, los franceses y los alemanes no éramos sino pueblos bárbaros.

Por ello es de suponer que el Concilio Lateralense —V— llevaba con respecto a nosotros los españoles, un sello de cierta frialdad e indiferencia. España, indudablemente, reservaba su excelente papel para 25 años más tarde en el Concilio de Trento, cuando nuestro monarca Carlos V era el árbitro de Europa.

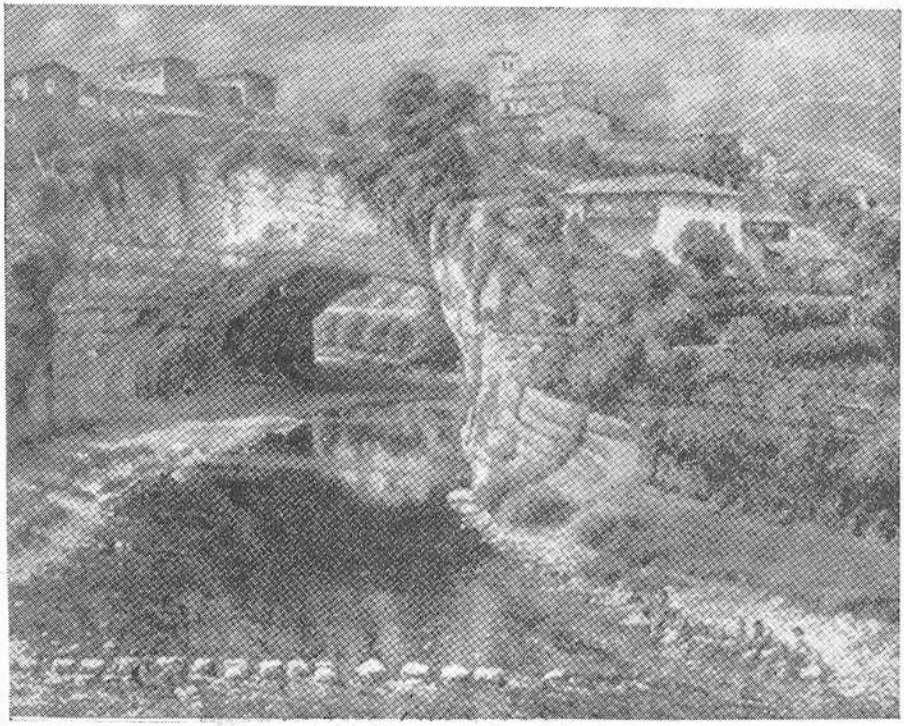
El Papa murió pocos meses después que el obispo de Burgos, Fray Pascual. Quizá la muerte pobre y santa del prelado edificase los últimos días del Pontífice. Justo es reconocer que al final de su existencia el Papa Julio II se confesaba un humilde pecador. Era en verdad muy difícil en aquellos tiempos en que los Papas poseían poder temporal, ser virtuoso y ser, a la vez, Vicario de Cristo. A este respecto, recuerda el Padre Feijóo en uno de sus discursos del «Teatro Crítico» (discurso XI, tomo III) que Pío V, según alguno de sus contemporáneos, vivía desesperado de salvación. La ocupación de gobierno —seguía diciendo— es una ocasión próxi-

---

(1) De la convivencia del espíritu pagano del renacimiento con un cristianismo libre de herejía, nos habla también Ludovico Pastor en la página 167 de su tomo V sobre los Papas.

(2) Maquiavelo decía que una religión perfecta ha de tener sus ojos en un fin directamente político. Por eso le atrae el paganismo romano. Maquiavelo achacaba también a papas anteriores la desunión y debilidad de los estados italianos.

ARCOS DE LA LLANA.—Vista panorámica.
(Corresponde al artículo del Sr. García Gallardo)



PUENTEDEY
(Corresponde al artículo del Sr. Sanz y Díaz)

ma de pecado, y ya sabemos lo que significa *ocasióu próxima* para los más severos moralistas del catolicismo.

Se vivía el Renacimiento. ¡Qué momento aquel en el arte y en la historia! En Roma, el Bramante levantaba la cúpula de San Pedro; Miguel Angel y Rafael, también bajo el mecenazgo del Papa Julio, pintaban la Capilla Sixtina y la cámaras del Vaticano. El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, bajo el mando, receloso entonces, de Fernando el Católico, paseaba con aire triunfador sus antiguas victorias de Italia, y era recibido por Luis XII, en Francia, casi con los honores de un verdadero monarca. El cardenal Cisneros, aquel franciscano austero que luego murió en Roa, conquistaba con soldados de Castilla los reinos de Argelia y Túnez. Un gran César, niño entonces, crecía en Gante, para ser pocos años después el árbitro del imperio más extenso y poderoso del mundo. Era el futuro Carlos V, el hijo de esa loca atormentada que pasó unos días tristes y oscuros de su vida en Arcos de la Llana, un lugar insignificante situado dos leguas al Sur de Burgos.

PROSPERO G. GALLARDO